# El eco de la campana

Pilar Albajar

# El eco de la campana

Pilar Albajar

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2023
© Pilar Albajar 2023
Foto de portada:
Pilar Albajar/Antonio Altarriba

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
ISBN: 978-84-19763-37-2
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-24517-2023

# CAPÍTULO I

Ding, dong, ding, dong.

Las campanas de una capilla cercana me sacan del ensimismamiento, de los negros pensamientos de mi presente y me trasladan a tiempos pasados, a un escenario igualmente penoso: un colegio de monjas, una clase con alumnas enmudecidas por lo que están escuchando en boca de sor Inocencia, cuidadora en las horas de estudio. «Vuestra compañera Marga Opla salió ayer del colegio y no volvió a su casa. Si alguna de vosotras sabe algo, que lo diga inmediatamente». Lo que recuerdo de los días en los que permaneció desaparecida no se ha borrado de mi mente. Tenía una hermana menor, que estaba en la clase de las «gratuitas». La vi dos o tres veces por los pasillos y casi no la reconocí.

Era una niña alta, simpática, siempre riendo… En unas horas pasó a tener unas cuantas tallas menos, andaba echada hacia delante, con la cabeza hundida entre los hombros y una expresión de infinita tristeza sustituyó la risa. Entonces comprendí que, si algún día desaparecieran mis padres o algún ser querido, yo estaría igual que la hermana de Marga y también me pondría enferma de preocupación y tristeza.

Ahora, por segunda vez, el destino está jugando conmigo. Mi marido Carlos, con el que llevo casada treinta años, se fue a Londres a ver a nuestro hijo Jorge, interno en un colegio. De eso hace ya dos días y medio. Sé que se encontró con él, pero no subió al avión de vuelta, aunque tenía billete. Lo he podido confirmar. Desde entonces no tengo ninguna noticia. Mi cabeza imagina todos los escenarios posibles. Puede que le haya pasado algo grave, pero es raro porque hoy en día cualquier accidente, en cualquier sitio, te lo notifican enseguida.

¿Y si simplemente está cansado de mí, de su vida tan estresante, de los problemas que tenemos con nuestro hijo Jorge —ya desde muy niño— y ha decidido dejar esta vida tan insatisfactoria? ¿Y si ha conocido a otra mujer que le ofrece más emoción y novedad que yo? Todavía es joven, tal vez quiera dejar atrás los problemas cotidianos y tener una vida más placentera o con más aventuras… Incluso pienso si habrá tenido una recaída. Es alcohólico, rehabilitado desde hace

años, y ya desapareció una vez, estuvo varios días sin volver a casa, sobre todo por vergüenza. No se atrevía a decírmelo, a decirme que se había encontrado con un amigo de juventud y no tuvo fuerza para evitar el primer trago ni los siguientes, después de varios años sin probar el alcohol. Sufrí mucho, pero aún así tuve paciencia, fui comprensiva con él porque es buena persona y lo quería. Ahora ya no sé si lo quiero, aunque lleva varios años sin beber y nuestra relación es cómoda, a veces, incluso afable.

Carlos es economista, tenemos una empresa de encofrados de aluminio —muy conocida en la pequeña ciudad donde vivimos—, trabaja mucho, pero también puede cogerse algún día libre. Tiene un socio muy eficiente, confía en él y a veces se turnan para estar en la empresa.

Desde muy joven estuvo dominado por su padre, el Juez, lo llamamos así porque es un juez de mucho prestigio y, por supuesto, con fama de justo. Un hombre recto donde los haya, católico practicante, muy conservador, poco afectuoso... Y con una relación difícil con su hijo. No le perdona su afición al alcohol, ni siquiera ahora ya rehabilitado y tampoco que no hubiese seguido la carrera de derecho como su él quería. «Yo te facilitaré el camino hacia la judicatura», le decía. La negación de Carlos supuso una decepción para el padre, manifestada en el nulo cariño que le demostró durante su infancia y sus continuos reproches

por las cosas más insignificantes. Aún así, Carlos tiene una admiración enorme por él y creo que lo quiere. A mí, mi suegro me trata con respeto, casi con afecto y yo le correspondo del mismo modo. Sin embargo, con Jorge, su nieto, ha sido el abuelo perfecto durante años. Pasaban mucho tiempo juntos y le compraba regalos caros con cualquier excusa, le consentía todos los caprichos hasta que se fue haciendo mayor y a los trece años lo mandamos a un internado en Londres, no de curas, pero parecido. Según Carlos: «A ver si le aplacan la rebeldía y le enseñan que tiene que trabajar en vez de estar todo el tiempo en su habitación, encerrado y escuchando música». A Laura, mi otra hija, su abuelo apenas la tiene en cuenta.

¿Cómo le voy a decir a mi suegro que ya tiene casi ochenta años que su hijo ha desaparecido? ¿Cómo voy a llamar a mis hijos —Laura, que trabaja de traductora en EEUU, y Jorge, también en el extranjero— para darles semejante noticia y hacerles venir dejando sus obligaciones antes de saber dónde está su padre? ¿Cómo voy a denunciar la desaparición a la policía si tal vez esa desaparición es voluntaria o consecuencia de una recaída alcohólica? El escándalo en esta ciudad tan provinciana sería enorme.

Ding, dong, ding, dong.

En mi vida he pasado por momentos difíciles, he tenido sentimientos de soledad, de desamparo, de injusticia… Sobre todo, de no entender por qué me

pasaba eso a mí. Y esas sensaciones siempre me remiten a los periodos largos, frecuentes, de mi relación, de una forma u otra, con las monjas y con el sonido de las campanas.

Mis hijos se marcharon de casa casi al mismo tiempo y a mi marido apenas lo veía. Estuve a punto de caer en el síndrome del nido vacío, pero mi trabajo me ayudó a superarlo. Ahora, incluso en esta situación tan extraña y para mí dramática, vuelvo a tener el mismo sentimiento. Estoy perdida y desvalida, con miedo a lo que pueda pasar, como cuando mis padres me abandonaron en el internado de monjas, unas monjas que ellas mismas parecían también abandonadas; pero, sobre todo, enfadadas, frustradas, fracasadas… Y, cuanto más tiempo pasaba con ellas, más me reafirmaba en esta percepción.

Ahora soy una mujer típica, fruto de la educación en un internado de un colegio de monjas. Muchos dirían que soy la esposa y la madre perfecta. Me siento orgullosa de ello, pero últimamente crece en mí una desazón mental que en estos momentos no tengo cabeza para analizar.

Me veo con trece años, me llamo Eva, estoy sentada en un pupitre de madera y llevo un uniforme gris con falda de palas que me llega por debajo de las rodillas, tal y como imponen las reglas del colegio de monjas dominicas en el que estudio tercero de bachiller. Estoy en clase de matemáticas y formo parte de

un grupo de unas treinta alumnas, todas chicas. El silencio y la tensión son dramáticos para unas niñas de esa edad, desde que el taconeo de la profesora Carmen Castell se aproxima por el pasillo hasta que una hora después se aleja con el mismo ritmo lento y cansino, con la cabeza agachada, mirando al suelo, como si no quisiera ver el mundo que le rodea. Cada vez que sale deja, al menos, una víctima entre las alumnas. Y, cuando desaparece para entrar en otra clase, suspiros de alivio se escapan de las gargantas de las niñas. La llamamos la Monja rebotada porque eso es lo que es, una monja que abandonó los hábitos después de unos años de estar en un convento.

Nadie la quiere. Es más, todas la tememos. Somos muy jóvenes, pero pensamos que es una amargada y creemos que en su vida no hay amor de ninguna clase. Vive en una pensión de monjas, lo que no le aleja mucho de su vida en el convento; siempre va sola, exhibiendo el mismo gesto adusto, como si le doliese algo… Es ya casi final de curso y nunca la he visto sonreír. Como mucho levanta ligeramente la comisura izquierda del labio y digo labio en singular porque entre los dos hacen uno por lo apretados que los tiene, como si fuera una línea roja pintada, una herida de cuchillo… Pero es peor cuando los separa y empiezan a brotar palabras dirigidas a alguna de nosotras.

He elegido el bachiller de ciencias y tengo clase con ella de lunes a viernes, de doce a una. Soy una

alumna que no destaco por ser especialmente buena en la asignatura ni tampoco mala. Normalmente mi nota está entre el seis y el siete y por eso no me martiriza demasiado. Yo diría que me ignora, afortunadamente.

Sin embargo, mi compañera de pupitre, una niña inteligente pero muy tímida, se pone a temblar cada vez que, en medio de un silencio absoluto, la Monja rebotada saca su libreta negra y empieza a pasar hojas.

—A ver… María Victoria Gaucín, salga a la pizarra.

Hoy le ha tocado a ella, siempre llama solo a una. Noto cómo mis músculos se aflojan y los latidos se relajan.

# CAPÍTULO II

Soy consciente de que, si dentro de unas horas no tengo noticias de mi marido, tendré que denunciar su desaparición a la policía y llamar a mi suegro y a mis hijos. Eso me horroriza.

Cuando el teléfono suena, por unos segundos siento terror. Es, seguramente, la misma desazón que sentía mi compañera de pupitre cuando la Monja rebotada abría su libreta negra y decía su nombre. El daño que una persona adulta puede hacer a un niño solamente con la palabra es enorme. Cuando tengo momentos de incertidumbre y sufrimiento como este, me vienen a la mente episodios de mi niñez en los que yo o alguien cercano sufrió tremendamente, aunque los hechos que provocaron ese sufrimiento ahora nos parezcan nimios.

He sido profesora de Arte durante varios años en un colegio de monjas, pero no las soportaba después de haber pasado toda mi vida con ellas en colegios y residencias universitarias. Dejé la enseñanza, no sin pena por mis alumnas, que merecían toda mi atención y cariño. Tampoco me apetecía volver a estudiar y preparar unas oposiciones para trabajar en un instituto o en la universidad. Ahora me dedico a la pintura, fotografía, escultura… Soy comisaria de exposiciones. Este trabajo me encanta y me deja tiempo libre.

Suena el móvil. El corazón se me para unos segundos y enseguida emprende la marcha al galope. «Es mi hija Laura, me llama desde Nueva York», me oigo decir en voz alta. Y me pongo a temblar como si tuviera que salir a la pizarra en clase de matemáticas.

Decido no cogerlo, no tengo valor para decirle que su padre, con quien está muy unida, no ha dado señales de vida desde hace casi tres días. Seguramente llamaba para ver cómo había ido la visita a su hermano. Se llevan ocho años de diferencia y se quieren mucho. Al cabo de unos minutos le mando un wasap diciéndole: «No puedo cogerte el teléfono, estoy en una conferencia, te llamo mañana». Poco más tarde me responde: «O.K. Besos».

Hasta este momento no había llorado, pero ahora las lágrimas brotan como si dentro de mis ojos tuviese un lago de agua salada a punto de desbordar. Lloro de miedo, de rabia… No podré perdonarle a mi marido

este sufrimiento a no ser que la razón sea equiparable a mi desesperación, eso lo tengo claro… Lloro casi gritando, como un animal al que están maltratando, sin consuelo, con la sensación de no poder librarme nunca de este desasosiego.

Aunque todavía no anochece, me voy a la cama, cierro la puerta de la habitación, como si en la casa hubiese alguien y no quisiera que me molestase. Mis ojos y mis mejillas siguen empapados.

Ding dong, ding dong.

—A ver… María Victoria Gaucín, salga a la pizarra.

Me doy cuenta de que, de repente, el peso de mi compañera se ha multiplicado por cuatro y apenas puede levantarse. Su cara se ha puesto roja y la expresión denota un terror semejante al de los mártires cristianos rodeados por los leones.

—Venga, muévase, que nos hace perder tiempo a todas —le dice y la línea roja de su boca se vuelve aún más delgada.

La niña llega a la pizarra y balbucea las respuestas, casi sin voz. De repente, la Rebotada se levanta y se acerca a ella, que se encoge, se hace pequeña y se queda muda.

—Ya te he dicho muchas veces que no vales, que eres tonta… Aún más, diría que eres nula, absolutamente nula. ¡Siéntate!

Cuando insulta, cambia el usted por el tú. Pero no solo insulta con la palabra… Desprecia, humilla, hiere con la mirada y la expresión de su cara.

Los domingos nos obligan a ir al cine del colegio. Las películas que nos hacen ver son ñoñas, con moralina y sin ningún interés ni siquiera para alumnas tan jóvenes, todavía niñas. Cuando sale una pareja acercándose para darse un casto beso, se corta la proyección y todas protestamos imaginándonos besos mucho menos inocentes que el que nos están ocultando. Sor Alodia, encargada de que nos portemos bien, se levanta e intenta en vano acallar las protestas que se repiten cada domingo.

No me explico cómo, después de esas experiencias, domingo tras domingo, no acabo odiando el cine. Son dos horas de verdadero calvario. Aborrecemos, sobre todo, el nodo, el documental obligado antes de la película donde nos hacen saber lo afortunados que somos en este país por tener un caudillo tan bueno, tan católico, tan preocupado por todos y tan buen gobernante, aunque a mí me parece pequeño, tripudo, feo y con voz de señora, pero sé que esas cosas no las puedo decir.

Los bancos no tienen respaldo, las niñas no paran de hablar y de comer pipas y la cámara de proyección es tan mala que el sonido apenas permite escuchar los diálogos.

Estos recuerdos llenan mi mente y me alejan un poco de mi presente, ayudada por un Orfidal del que me declaro adicta. Recupero un poco de paz, mi mente se queda en blanco y durante unos minutos me quedo dormida.

De repente, tres notas musicales (do, re, mi) me despiertan y me devuelven a la realidad. ¡Es un wasap de Carlos, mi marido! Cojo el móvil apresuradamente de la mesilla y se me cae al suelo. Lo dejo allí unos segundos sin atreverme a ver qué dice, qué explicación da a esta ausencia, qué justificación, si es que la tiene. Por fin, acierto a cogerlo y lo que dice me deja pasmada: «Volveré mañana. Lo siento».

Suspiro con cierto alivio, ya no voy a llamar a mis hijos ni a mi suegro para decirles que ha desaparecido. Acaba de aparecer ¡en un wasap! Siento mucha rabia, impotencia, enfado… No me dice si está bien —al menos sé que no está muerto— ni dónde está… Solo cuatro breves palabras.

No le respondo. No quiero saber nada de mi marido, no quiero pensar más. Tengo unas horas y una noche antes de enfrentarme con él, si es que sigo en casa cuando llegue. Nunca había estado tan enfadada y eso que motivos he tenido, pero ya se sabe… Lo nuestro es esperar y con buena cara. Afortunadamente, los tiempos han cambiado mucho y mi hija ya no tiene que ser así, mi hija, con veinticinco años, es lo que quiere ser.

# CAPÍTULO III

En el colegio funcionamos a golpe de campana, cuando empiezan y acaban las clases y para señalar cualquier otro evento extraordinario, como por ejemplo si se produce algún pequeño accidente o hay que limpiar la vomitona de alguna niña o recoger algún objeto que se ha roto… Entonces la fámula —nosotras la llamamos la «gratuita»— tiene que salir de clase para limpiar, recoger o arreglar el desaguisado.

Hay una campana colgada de una cadena en el vestíbulo principal y varias portátiles que llevan las monjas por si es la hora de formar fila, salir o entrar de las clases. Yo, aunque soy joven por edad, no lo soy tanto en mi cabeza y, cada vez más, soy consciente del perjuicio causado a una alumna sin recursos que no puede pagar la matrícula por verse obligada a abandonar

una explicación de cualquier asignatura. Por supuesto, también soy consciente del privilegio de las demás con respecto a ella. Eso me produce una especie de pudor cuando estamos cerca y nunca le miro a los ojos. Todas la tratamos bien, pero ninguna intimamos con ella. La «gratuita» de mi clase se llama Marga Opla, siempre me hizo gracia ese apellido. Es muy callada e inteligente. Aun estando en esa situación, saca buenas notas. Y ahora lleva un día desaparecida…

A algunas de estas alumnas, muy pocas, se les permite hacer el bachillerato pero, eso sí, tienen que destacar por su inteligencia y por obedecer sin rechistar a cualquier tarea que las monjas les encomienden.

La semana pasada cuando hablaba con una amiga le comenté que necesitaba una ayudante para mi trabajo. Me habló de una vecina, más o menos de mi edad, que había trabajado en una galería de arte y acababa de quedarse en el paro. Se llamaba Marga Opla.

Ese nombre con ese apellido me sonó desde el primer momento y la curiosidad me pudo. La llamé por teléfono y enseguida le pregunté si había sido alumna del colegio de las dominicas. Me respondió que sí y pronto nos pusimos al día. Dejó los estudios en quinto de bachiller por culpa de «las putas monjas», sus palabras. Ya no podía aguantarlas más... Después se casó y pudo retomarlos, al menos acabó el bachiller. No tiene título, pero ha leído mucho sobre arte, especialmente sobre arte contemporáneo, y le encantaría

poder trabajar en ese campo. Quedamos en vernos la semana siguiente.

Esa casualidad unida al evocador sonido de las campanas hace que, aunque estoy pasando un momento difícil, se agolpen los recuerdos de una época de mi vida llena de dudas, a veces de culpa, propiciadas por una educación sin sentido, a menudo cruel, que las monjas nos daban con aplicada rigidez.

Son las cuatro de la mañana, estoy nerviosa, apenas me duermo, despierto sobresaltada. Los sueños o, mejor, las pesadillas se entremezclan con la realidad. Veo a Carlos borracho, balbuceando, sin tenerse en pie y a Marga Opla, arrodillada en el suelo, limpiando sus babas que le caen hasta el suelo. Oigo a mi suegro gritando:

—Ya te lo decía yo, Carlos… Eres tonto, nulo, no vales para nada. Menos mal que mi nieto no se parece a ti. Él es como yo…

Y echa una enorme risotada.

No sé si aparecerá por la mañana o por la tarde. Se cogió unos días libres para ir a ver a Jorge, pero ya tendría que haber vuelto al trabajo. Y yo también. Soy autónoma, pero estoy con varios proyectos interesantes y llevo tres días sin ocuparme de nada. Paso la noche como puedo, me levanto pronto, sin ganas de enfrentarme a un día tan difícil, sin ánimos para soportar excusas. Solo me gustaría ver transcurrir las horas

sin que suceda nada, sin tomar decisiones, sin hablar… Y, si fuera posible, sin escuchar.

Salgo de casa para pasar el tiempo. No hago recados, no entro en un bar a tomar un café, no tengo cita con nadie, no miro escaparates… Sé que no me espera nada bueno, seguramente será el fin de mi matrimonio, tendré que empezar una nueva vida y eso me asusta. Hace unos días pensar eso era imposible para mí. Estoy acostumbrada a llevar una existencia cómoda, ya rutinaria, a pesar de los problemas con Jorge, un niño desgraciado sin que ni su padre ni yo encontremos una explicación a su forma de ver y vivir su vida. Le expulsaron de un par de colegios cuando era pequeño, tenía malas notas y a veces se peleaba con sus compañeros.

Intentamos en muchas ocasiones hablar con él, comprenderlo y a veces hasta castigarlo, pero no reaccionaba a nada. Ahora, en Londres, parece que se encuentra mejor, pero no vemos ni un asomo de alegría en sus ojos ni en sus escasas palabras cuando lo visitamos o hablamos con él por videollamada. Ni siquiera en vacaciones parece ansioso por venir a casa, como les pasa a otros niños internos. Intentamos que lo viese un psicólogo, pero se negó rotundamente. En los estudios va un poco mejor. Solo un poco. Nada que le pueda augurar un futuro medianamente prometedor.

Pronto cumplirá dieciocho años y aún no sabe qué camino tomar ni si hay algo que le guste.